
Estudiantes que dejaron huella

Rafael Lucero Ortiz

Maestro en Sociología. Analista y consultor independiente.
rlucero1951@gmail.com

Nunca es tarde, Avelino

Nunca es tarde Avelino. Ven –le gritó la señora con la que yo platicaba, fuera de una casucha de desechos urbanos vivienda de pepenadores, en los arenales de Ciudad Juárez, atrás del aeropuerto-. ¿Qué quieres? Doña. –Le contestó, Avelino en el mismo tono de grito. Luego dirigiéndose a mí dijo: -María Félix, es la Doña del huerto-. Y señaló unos tres surquitos con plantas de tomate, clabacitas, cebolla, zanahoria y chile vallero.

Avelino había llegado, al caer el ocaso en aquella ciudad de la frontera norte, olvidada como todos los puntos periféricos de cualquier territorio. Allá donde habitan seres sin nombre y que arrastran el sol por el desierto, mientras el día se muere. Llegada la noche, ellos son los que mueren del cansancio de arrastrar la vida como Avelino, cabestreando en burro viejo que jala una carreta desvencijada repleta de latas, envases y cartón.

Avelino, te estoy hablando, este joven viene a enseñarnos a leer para que ya te puedas distinguir de tu burro Nejayo. Dijo la Doña con una sonrisa pícaro.

Yo, a mis quince años era uno de la jóvenes voluntarios, que inspirados por la lucha contra el analfabetismo emprendida por Fidel Castro al triunfo de la Revolución Cubana y que acá en México, la impulso un grupo de maestros y estudiantes voluntarios, en la década de los sesenta, entre los que iba yo, con mi gran Cartilla de Alfabetización.

En la Doña, tenía una promotora enérgica, con poder de convocatoria, en los arenales de los pepenadores. –Ándale Avelio, nunca es tarde, cabeza hueca. -Le gritaba en cuanto aparecía con el sol en la espalda, cabestreando con tierna pesadez su asno y su carreta. Anda mujer, aprende tú y con calma, luego me enseñas, que así como vengo

de sudoroso, apestoso y cansado, hasta la A de Avelino, esa que tienes ahí, se me empaña y se me borra. Ah! qué si ves la última letra de tu nombre A____O, ese aro con el que intentas detener a Nejayo cuando te lleva a trote, en las bajadas... AH¡ OOOOO. Ves Alvino, nunca es tarde. Yo sé que tú sabes las cinco vocales. –Pues claro sí ya te dije dos, la primera y última de mi nombre. –¡Bravo Avelino! Y la segunda y tercera vocal? –Preguntó con alevosía la Doña. Mira María Félix, no soy Nejayo. No trates de ponerme en mal con el joven. La segunda vocal es la tercera de mi nombre y la cuarta es la quinta letra de mi nombre... A E I O.

Avelino, me engañaste, tú ya sabías leer desde chiquito, –echó un grito de alegría la Doña-. No, María, cuántas veces hemos ido con doña Filomena a que no lea y escriba por nosotros la carta al hijo, que está allá en el otro lado. Es cierto. Entonces además de madrugador y trabajador eres muy listo. Entonces tú como yo ya aprendimos a escribir nuestro nombre. Pues yo sí, dijo ufano Avelino. ¿No sé tú?

Pué mira, ojo de chícharo, que esto lo verás por primera vez en tu vida: “MARÍA FÉLIX... TU DOÑA”.

A ver tú, dijo la Doña, antes de escribir tu presumido nombre ¡dime cuál de las cinco vocales no está en tu nombre? ÚUUUUjule, María me la pusiste difícil. –Contestó Avelino.

Avelino, no sea creído, para nosotros ya es mucho aprender a escribir nuestro nombre, pero nos falta más para llegar a escribirle una carta al hijo. Fue lo que yo le pedí al maestro: enséñenos, primero a escribir nuestros nombre, pero no se vaya hasta que Avelino y yo podamos escribirle una carta a nuestro hijo. El maestro me dijo: “a eso vine Doña María. Leer y escribir es para contar nuestros sueños y saber de los sueños de los demás”.

Así que Avelino, primero tu nombre para ver si seguimos juntos hasta escribir la carta del hijo. María, María, tranquila. El maestro te dijo que escribir era para contar nuestros sueños, no para sobajar al compañero.

Mira de mi nombre ya tenemos A E I O. Entre las dos primeras vocales falta una horqueta de resortera, que es de las últimas consonantes del abecedario, para que se lea AVE, que puede ser gavián o paloma o cualquier pájaro y luego hay dos letras del mismo abecedario que casi van juntas, la once y la catorce, L y N y que van entre las dos

últimas vocales de mi nombre y forman la segunda palabra de mi nombre LINO, AVE LINO.

María Félix, mi Doña, como tú lo dijiste, vamos a escribir la primera carta a nuestro hijo y a leer su primera carta. A ver si nos cree.

Si de un día para otro escribimos nuestro nombre, en este mismo mes escribiremos la carta a nuestro hijo. -Dijo la Doña-

¿Y qué creen? Nunca es tarde y menos ahora que cada segundo nos presenta desafíos de aprendizaje.

La secuencia del aprendizaje de Avelino y su nombre, no es la secuencia de lectoescritura propuesta por la Cartilla de Alfabetización. Es un ejemplo de probablemente de todos los adultos que construyen su propio camino de aprendizaje, sin conocer a Freire.

El Masca y la fauna de la prepa el cenicero

“El cenicero” de San Lorenzo era una prepa, así conocida en la línea fronteriza de Ciudad Juárez-El Paso. Asistían los rechazados de otras escuelas. Siete años después de ser alfabetizador, me invitaron y acepté para intentar, que el medio ciento de adolescentes y jóvenes, todos varones, inscritos en el grupo del tercer semestre, aprendieran algo de la conformación histórica y etimológica del español, a través de dos asignaturas: Etimologías Griegas y Latinas, y un Taller de Redacción.

Entre ese medio ciento de estudiantes, hubo uno, el más querido y popular del grupo, “El Masca”, al contrario de lo que se pueda pensar, era el apócope de su apellido.

La composición socioeconómica y cultural del grupo era diversa, nada fuera de lo común en una ciudad fronteriza en formación. A principios de los años setenta iniciaba en la ciudad el proceso de maquilización, nueva forma de colonización, violenta, explosiva y explotadora de la mujer obrera mexicana. Aquí se inició el obrerismo femenino mexicano, que en la década de los noventa se transformaría en el escenario de los cuantiosos y crueles feminicidios del país, conocido como el inicio de las Desaparecidas y Muertas de Juárez.

En este contexto, el Masca, en un proceso violento y agresivo, se alcoholizó, al grado de aceptar, a la hora de llegar tarde a la primera

clase, “que llevaba una botella de whisky entre pecho y espalda. Que en vez de dormir había vaciado la botella”. No había nada que averiguar. La preocupación de sus compañeros, a pesar de sus propias broncas era como ayudarlo. De diferentes lugares del salón emitían reclamos cariñosos: “Muesca, vamos a lavarte al baño”... Un fortachón de los compañeros lo levantó y otros dos lo tomaron de los pies y lo llevaron al baño. Con él, abandonó el salón una agria y fétida cruda. Ese viernes no interesaban las etimologías. Para ser sincero, en realidad, nunca interesaban y me temo que no era el único grupo de esa generación que las rechazara. Prevalecía el calificativo de relleno inútil, como muchos otros que tenían los programas escolares. Alguno de los estudiantes propuso que saliéramos del salón y simuláramos estar ya en el taller de redacción, frente al canal de riego con dudosas y malolientes aguas, donde el ejercicio era agudizar el olfato y estimular la descripción olfativa. Al centro, en una caja se ponía un “tumba burros” –como ellos lo bautizaron– de sinónimos y antónimos, para enriquecer la adjetivación del hedor, los moscos y, en general, la ambientación y tufo del lugar. Diccionario, que por cierto había aportado el Masca, sustraído de la biblioteca de su papá, bajo la justificación de que estaba de adorno. Pidieron cambiar la dinámica y hablar de las colillas del cenicero, como ellos mismos se autonombraban: del Tracas, del Moto, del Pulgo, del Diablo, del Malhecho, en fin, de toda la fauna de Cenicero.

Rompió el hilo el más tímido y retraído del salón, El Charly y dijo: “yo me siento muy mal... y no de ahora, de hace tiempo. Estoy enojado conmigo porque el año pasado me corrieron de tres escuelas buenas. Y al inicio de este ciclo me inscribieron en esta cosa, que es claro que no es una escuela, es saca dinero del diputado. Lo que he dicho lo digo sin vergüenza porque veo que todos estamos igual, pero también lo digo porque creo que sólo entre nosotros podemos hacer algo por nosotros mismos”. Lo último lo dijo con voz quebrada y lágrimas rodando. Los aplausos y abrazos lo arroparon. Vi o me pareció ver que todas las manos se levantaban para pedir la palabra. Así como se alzaron se bajaron. Se había incorporado al grupo el Masca y dijo: “pido disculpas a todos a quienes arrebaté la palabra y pido perdón, al maestro, a cada uno de ustedes, por todos los días que he llegado así.

Desde el baño escuché al Charly, me asombré porque nunca lo había oído hablar, y con lo último que dijo me clavó la estocada, igual que a ustedes, sino porque tantos queriendo hablar, agarrémosle la palabra a Charly: “Lo que he dicho lo digo sin vergüenza, porque veo que todos estamos igual, pero también lo digo porque creo que sólo entre nosotros podemos hacer algo por nosotros mismos”. Los invito a mi casa como muchos viernes, pero no para empuercarnos como todos los viernes, en nuestras borracheras, adicciones y orgías, sino para tomar la invitación de Charly: “entre nosotros podemos hacer algo por nosotros mismos”.

Maestro, le parece si cada uno, el que quiera, le traemos un texto, cada quien de su vivencia de nuestra encerrona.

Quedamos de acuerdo. Al fin del curso me entregaron un texto colectivo: La fauna del cenicero, de roedores a cazadores, que ahora yo rememoro porque las termitas se lo comieron, pero en mí quedó la huella.

El alumno supera al maestro

Espero que todos los alumnos, que por azares del destino mío y de ellos, que hemos coincidido en esta relación de aprendizaje mutuo, en verdad me superen.

Tengo evidencia de algunos que me han superado en posgrados, obteniendo con excelencia sus doctorados y de otros accediendo a altos rangos directivos en instituciones de interés público, social y privado. A todos mi agradecimiento, porque de cada uno aprendí.